

En ninguna época de la historia ha debido ser sencilla y abierta la vida de los hombres, pero en los tiempos modernos se ha visto enormemente complicada por una serie de nuevas dudas, críticas y aspiraciones, que han multiplicado las opiniones y deseos, y naturalmente las posibilidades de triunfo y de derrota. En vez de existir, por ejemplo, el solo término de “monárquico”—tan universal que no había porqué definirlo—ahora tenemos Isabelinos, Carlistas, constitucionales y en los últimos días hasta monárquicos comunistas. Igualmente, la palabra “súbdito,” que tan ampliamente cubría todo español nacido, se ha fisionado en ciudadano, camarada, regionalista, neo-y hasta—oh ironía—en caballero de Cristo Rey. En vista de la multiplicidad, muchos españoles han encontrado dificultad en definirse, y algunos la conveniencia, en la frase actual, de pasarse “de camisa vieja a chaqueta nueva.” Es decir, “la procesión va por dentro,” en la vida moderna existen muchas capas subterráneas. Y como en los castillos medievales—y las torres contemporáneas—con sus sótanos y mazmorras, es muy difícil sacar a la luz del día las vidas que allí se pudren. Muchos secretos españoles se mueren sin encontrar la solución de otros países en *Memorias*, *Autobiografías* o la biografía profunda. Otros muchos consiguen salir de la nada única y parcialmente por vía de la conversación y la carta. Por la palabra, hablada y encarnada en carta. La hablada es aire momentáneo, que apenas deja recuerdo más que de alguna frase u opinión. Pero la carta queda para deleitar a los lectores y animar a los investigadores. Del siglo XIX tenemos muchas, y seguramente muchas más sin publicar. Y del siglo XX hay indicios seguros de una buena costumbre establecida de conservar las cartas recibidas, y, algunas veces, los borradores de las enviadas.

Pero ninguno de estos epistolarios se parecen al de la Institución libre, es decir a las cartas recibidas por Francisco Giner y Manuel Cossío. Las cartas de Juan Valera a Menéndez y Pelayo, por ejemplo, descubren rasgos de la personalidad de ambos e incidentalmente alguna referencia a asuntos generales. Mientras las cartas que escriben Ricardo Rubio, Joaquín Costa, Augusto Linares y la Pardo Bazán a don Francisco son cartas escritas por miembros de una comunidad al fundador y principal animador de ella. Todo el esfuerzo se dirige hacia la obra comunal, hacia la reforma deseada de España, en que el trabajo de uno se parece mucho al de la abeja que sólo sale de la colmena para recoger miel, y sólo recoge miel pensando en volver con ella a la colmena. Las personalidades—algunas muy fuertes, y todas, acaso, por el simple hecho de ser reformadoras, singulares, pero supeditadas e integradas en la misión educadora. Algo así, es la única comparación que se me ha ocurrido, a mí y a algún otro, como si era costumbre establecida en la Compañía de Jesús que los padres desnudaran sus espíritus y opinaban libremente sobre la Com-

pañía en frecuentes epístolas al Provincial. Hay que preguntarse: ¿será la única vez en la historia que un grupo de españoles, dedicados a una obra moral de envergadura nacional hayan dejado constancia de sus íntimos anhelos y diarias actividades en miles de cartas?

Lo seguro es que para ellos, para los institucionistas, la esencia de su labor consistía precisamente en crear el espíritu de comunidad por medio de la palabra hablada y escrita, en carta. Ellos no escribían folletos, no publicaban programas, formulaban leyes o establecían dogmas. En sus clases, desterrados los libros de texto, reinaba el diálogo. El maestro don Francisco lo definió, diciendo que todas sus labores se reducían a administrar el santo sacramento de la palabra. Y ya lo había anotado Altamira en su libro de 1915:

La obra de don Francisco fue de presente, hecha en vida, y con él se ha ido . . . Quiero decir, que don Francisco ha hecho “hombres” . . .

De aquí que esa obra suya haya sido eminentemente personal y no de influencia de sistema, es decir, que haya procedido, más que de la difusión de sus ideas, de su acción directa, personalísima con los hombres . . . De esa condición personalísima de su influencia nace que se haya ejercido, más que a través de lo que escribía en libros, de lo que dijo en conversaciones y aconsejó o sugirió en cartas . . . siempre en un terreno privado e íntimo . . . que hizo de su acción una verdadera cura de almas. Confesor de muchos fue y director espiritual insuperable; y como tal, gran parte de su vida estuvo entregada al diálogo . . .

Lo que tenemos, pues, en el epistolario es la misma esencia de la Institución, faltando, como faltan, las cartas de don Francisco. Algún día tal vez vendrán a juntarse con sus contestaciones en la Academia de la Historia, donde están depositadas. (Para consultarlas hay que pedir el permiso escrito de los fideicomisarios del Fondo Giner. Y yo quisiera aquí ofrecerles mi gratitud por concederme ese permiso, y al mismo tiempo agradecer al Sr. Director de la Biblioteca de la Academia sus muchas amabilidades para conmigo.) En las estadísticas que siguen sólo entran las cartas del Fondo Giner. He trabajado poco en el Fondo Cossío, que es muy abundante también.

El período abarcado por el Fondo Giner es 58 años, de 1858 hasta 1916. Hay unos 450 a 500 corresponsales que escriben unas 6,700 cartas (es decir, cartas, tarjetas, telegramas, telefonemas, notas, etc.). El medio por año es 111, (y para el período después de 1875, unas 154). Antes de 1876 (de las cuales muchas fechadas en 1875), calculo unos 170 corresponsales y algo más de quinientas cartas, de las cuales una cuarta parte escritas por cuatro personas, el más abundante Torres Aguilar. En la colección completa figuran 70 escritores de más de 20 cartas. De éstos, 43 escriben entre 20 y 50 veces; 11 entre 50 y 90. Once también escriben entre 90 y 200 veces, sólo cuatro entre 200 y 300, y uno, Ricardo Rubio, pasa de los 300. Los once de más de

noventa cartas son: Rafael Altamira, Augusto Arcimís, José Castillejo, Pedro Dorado Montero, Emilia Gayangos de Riaño, Rafael M. Labra, Augusto González Linares, Wincenty Lutoslawski, Segismundo Moret, Agustín Sardá, y Aniceto Sela. Los de más de 200 son Manuel Bartolomé Cossío, Bernardino Machado, Domingo Orueta y Adolfo Posada. Datos que no he sacado por falta de tiempo serían, primero, el número de tarjetas postales, que es muy alto—son económicas y se escriben en cualquier resquicio de tiempo o espacio, y, segundo, las misivas mandadas desde países extranjeros, o escritas en idiomas extranjeros, en alemán, francés, italiano, portugués e inglés—por los españoles de la Institución, quiero decir. Uno se pregunta cuándo hubo españoles tan viajeros y tan determinados lingüistas. Era costumbre inveterada institucional coger a un joven prometedor y echarle sobre Alemania o Inglaterra con pocos conocimientos del país y casi ningunos del idioma. Seleccionando al azar dos años, calculo que don Francisco recibía en 1898 cartas políglotas de unos 80 corresponsales, y en el siguiente de unos 90. Es evidente que el sacramento de la carta se administraba tan a diario como el de la palabra. Porque si constantemente los corresponsales rogaban a don Francisco que no cansara su delicada salud contestándoles, él no debía de hacerlo, y muchas veces fue él que iniciaba la correspondencia. Así que, suponiendo que él no contestaba más de 5,000 veces, llegamos al monstruoso total de 11,700 cartas mandadas y recibidas. Hay que añadir, aunque parezca un abuso, que estas cartas son personales e íntimas. Faltan casi por completo del epistolario las cartas puramente formales, de administración, de negocios—compra de materiales didácticos por ejemplo, o de libros, suscripciones—a la Sociedad Abolicionista—, invitaciones a dar conferencias, comunicaciones universitarias, etc. etc.

Es imposible dar cuenta cabal del contenido de esta masa de cartas: ni cabal ni mínima. Lo que sí se puede decir es que apenas queda principio o práctica o personalidad de la Institución sin su correspondiente referencia, ilustración o discusión. La vida de la comunidad, de la casa de la calle del Obelisco, o dondequiera se juntaran tres o cuatro miembros, les atraía como un poderoso imán: estar lejos destilaba una delicada sensación de exilio. Así en medio de las maravillas de París—desatendidas por cierto como si no existieran, y las novedades pedagógicas del Congreso a que asiste, Ricardo Rubio confiesa tristemente (1887, set. 26) que la experiencia no vale “la de estar juntos [en Obelisco] y conociendo el pensamiento de cada uno a todas las horas del día.” Del mismo es la frase, después de subir uno de los Picos de Europa con el muchacho Pérez: “Como yo le decía a Pérez no puede un hombre considerarse completo mientras no ha contemplado estos panoramas.” En contraste, vivir en el mundo con otras personas les parece a los institucionistas muchas veces “flat, stale and unprofitable.” Su reacción es dedicarse todavía con más entusiasmo a los estudios que forman “el hombre cabal.” Buen ejemplo de esto es la carta que escribe un alumno, Eugenio Cuello Calón (12.9.02) desde Ozzano, Italia. Se queja amargamente que en el colegio donde reside no

encuentra amigos entre sus compañeros (sino Marchante—también alumno de la Institución) porque con ellos “no se habla de arte, ni de viajes ni de literatura . . . sino de camiseros y de sastres.” Su vida es tan otra: ha terminado su “Memoria,” corregido la bibliografía de criminología, estudiado psicología, hecho algo de inglés, y se dedica al arte. Proyecta un viaje, de un mes, para visitar Italia, Suiza, Alemania, Holanda, Bélgica y visitar museos y escuchar conferencias. Para ocupar el tiempo libre “me doy grandes paseos a pie, en bicicleta . . .” Otros muchos corresponsales confiesan la profunda transformación efectuada en su vida por su contacto con la Institución, y especialmente por las estimulantes y bellas cartas de don Francisco. Escribe Emilia Pardo Bazán (17 mayo 1880):

sus cartas de V. tienen el privilegio de hacerme perder el equilibrio de mi sereno espíritu, de llegarme siempre a algo íntimo y profundo . . . y de obligarme, sans delay, a coger la pluma. Además me encantan y las releo: me parece conversar con V.

Y naturalmente por el epistolario se puede ir tejiendo la biografía, fecha por fecha, y lugar tras lugar, de tantas personalidades vitales, y de la misma vida de la Institución. Sus viajes, los congresos y las amistades extranjeras.

Las cartas son altamente serias. Lo más opuesto al rápido recuerdo turístico. Ni una postal ilustrada, poquíssimas referencias a las bellas artes, a lugares hermosos; no asisten nunca a conciertos ni van al teatro. A veces dan la impresión que nunca hacen nada por pura diversión, si no se puede sacar una moral útil de la experiencia no vale la pena recordarlo. Extraña la falta de otras materias: poquíssimas referencias a la religión, a la política, nacional o internacional, a la literatura y a acontecimientos sociales. Sobre las colonias y las excursiones, por contraste, los detalles son abundantes.

En el centro de estas múltiples actividades está, naturalmente, como es a quien van dirigidas las cartas, don Francisco Giner. Pero lo es también porque así lo tiene organizado él. El alumno o colega que viaja al extranjero sabe que hay que escribir una o dos o más veces a la semana o mes. De igual manera en que insiste don Francisco en coleccionar las pruebas de todos los números del Boletín, lo que dificulta a menudo el que salga a tiempo, no quiere estar ausente de los más mínimos detalles de la vida comunal. El es quien prepara itinerarios detalladísimos de cualquier viaje, sabe donde se hospeda en Valladolid o en Birmingham, y con quien. Acude en tiempo de enfermedad, anima los desmayados, aconseja los dudosos, endereza, guía, inspira. ¡Qué pena que no fue inglés! ¡Ya se hubieran escrito diez biografías de una vida conmovedora! Las dos notas dominantes en esta correspondencia con don Francisco son el inmenso respeto, rayando muchas veces en veneración, que sienten los corresponsales, y la gratitud por consejos recibidos. Pocos llegan a la entrega total de Manuel Cossío (s. f., posiblemente de 1878 o 79): “Pienso que no me atrevo a decir por pensar que blasfemo. Ha sido V. mi Cristo.” Pero son muchos los que le tratan de padre y de director vital. Y en estos casos, y otros, sorprende el tono apasionado, hasta exagerado, en que están expresados los elogios

y el agradecimiento, cuando sabemos que una fundamental regla de conducta para la Institución era la moderación y la exquisitez en el trato, huyendo cuanto posible de la retórica y las gesticulaciones ibéricas. Pocos hombres habrán recibido más alabanzas más directamente ofrecidas. En otros momentos, él, que era muy parco en las alabanzas, echaba mano de una crítica que levantaba ampollas. Escribe Emilia Gayangos—uno de sus íntimos (s.f., ¿1878?): “Al salir ayer de casa recibimos su carta, que a pesar del regañón, ¿porqué es V. tan agresivo? nos dió un gran alegrón.” Otros que se quejan son Juan Uña, María Machado, la Pardo Bazán y Muley Abbas (Antonio Machado y Alvarez). Todavía más significativo de este santo temor de la explosión de enojo de don Francisco es una carta de Altamira (¿de 1892?). Anticipa el posible desagrado porque Altamira había hablado en la velada de Chao organizada por la Juventud Republicana. Rebaja en lo posible la importancia de la velada, de su propia actuación en ella: “duró exactamente diez minutos y me retiré modestamente por el foro,” la prensa de la mañana dirá que no pertenece a la Juventud: “Esto es todo: pero yo quería, puesto que hoy no podré ir a ver a V. para explicarle lo sucedido.” Es la perfecta carta del alumno que se cura en salud por lo que pueda tronar.

Muchas de las cartas se escriben para pedirle un consejo o una ayuda a don Francisco. Sobre las más variadas temas y materias: desde la erudición, especialmente la bibliográfica, hasta la crianza de un niño de dos años. Altamira le pide libros sobre psicología, y sobre la universidad, y acepta unas cuartillas sobre la pre-historia; los políticos, Labra, Moret, Moya, Melquíades Alvarez quieren notas para sostener sus argumentos en el Congreso o el Senado o en la prensa. Desde Oviedo, en 1901, Sela le comunica las reacciones de la Universidad contra un circular del Ministro: “pero no hemos querido hacer nada hasta saber la opinión de V. . . .” y cuando la sabe días después escribe: “Conformes en todo con su manera de apreciar las cosas.” El éxito del primer Congreso nacional pedagógico en 1882 multiplica las relaciones con maestros de muchos lugares de la Península, que piden ayuda, suscripciones al Boletín, y soluciones a sus problemas. Una carta de interés especial es la de un cura de Huelva que ha establecido una escuela para presos en una cárcel y pide libros. Sobre la carta don Francisco ha escrito: “Amigo García. Tenga la bondad de informarnos sobre esta persona y asunto” (28.1.89). El Sr. García [y García] contesta—favorablemente—el día primero de febrero. Es de suponer que fueron mandados los libros. En otros casos es un alumno que prepara oposiciones y necesita estímulo y consejos. De algunas de las cartas de Domingo Orueta, escritas desde su casa y fábrica de hierros de Gijón, está enterado don Francisco del horario que siguen dos alumnas hospedadas allí durante el verano. Escriben sus diarios, con buena letra, repasan la gramática francesa, con algo de dictado, sostienen conversaciones sobre la geografía, y cuando el tiempo es malo van a Oviedo y “llevarán el encargo de describir la catedral, la fábrica de armas y cuanto vean de notable. . . Pepita aprende a tornear madera, y lleva ya quince baños. Encima pregunta

Domingo: ‘Dígame sus observaciones y cuanto sobre ello se le ocurre.’” Es decir, en Gijón, en casa particular, en el verano, con sola la presencia—epistolar—de don Francisco, se mantiene el ritmo y la esencia de la Institución firme y pura. ¡Qué poderosa influencia! De todas las cartas del epistolario, apenas si se encuentre otra escrita con el tono de guasa que se permite Augusto Arcimís comentando la noticia del nacimiento de Natalia Cossío. Dice que la niña será muy mona si sale a los padres:

Y aun si se apura la cosa hasta el abuelo, pues Vd. lo que tiene es que no anda muy bien de ropa, ni de pelo, que de lo demás no hay nada que decir. Por supuesto; como Vd. ha tenido siempre algo de místico se las ha arreglado de modo que tiene Vd. nietos, así por el estilo de la Trinidad o del Espíritu Santo.

Como veremos luego, la chanza ha podido parecerle a don Francisco, ignorando la realidad Arcimís, bastante pesada y de mal gusto.

No faltan en el epistolario cartas de mujeres. Las hay, entre otras, de Emilia Gayangos de Riaño, Concepción Arenal, Alice Pestana—portuguesa, Emilia Pardo Bazán, y varias extranjeras. Merecen por sí solas las de la Pardo Bazán un capítulo entero. Son enormemente vitales, cultas, amenas y apasionadas. Abordan materias que se creerían vedadas entre un profesor soltero y una aristócrata casada y madre. Pero ella, por lo menos, las introduce con toda naturalidad. Por ejemplo, rechaza las vulgares preocupaciones contra el concepto del “amor platónico,” que: “muchas veces (yo he) desmentido en mi vida.” Es igualmente sabroso el diálogo que mantienen sobre temas literarios e intelectuales. Pero tenemos que dejarlo sin comentario, por ahora.

Del tema de la mujer pasamos fácilmente al del amor y del matrimonio. Las cartas descubren que dentro de la comunidad, como fuera en la sociedad, operaban las mismas fuerzas e influencias que iban cambiando el proceso de los amores que terminan en boda. Sólo que dentro se añadió el elemento cosmopolita. Hay más matrimonios mixtos—españoles que se casan con inglesas, con francesas o portuguesas, otros que son medio-extranjeros. Las bodas son canónicas o por lo civil. Y los problemas son también más variados. A los antiguos, de diferencias de rango o de fortuna, se añaden, diferencias de convicciones políticas (la Pardo Bazán), o religiosas (*La minuta de un testamento*) o intelectuales (don Francisco y Joaquín Costa). Dentro de la comunidad, o acaso prejuicio personal de don Francisco, se cree notar cierta prevención contra el matrimonio, acoplada puede ser, con una determinación de aplazarlo, en la práctica, hasta cuando el hombre, el novio, haya podido educar bastante a la mujer, la novia, para recibirla como compañera adecuada en todas sus actividades. En las discusiones se ve que don Francisco tomaba una parte importante, por no decir decisiva, en la solución final. Lamento no disponer de tiempo para leer toda la carta del joven Rafael Altamira (tenía 22 años en 1888, marzo 27). Es deliciosamente institucionista y representa perfectamente la relación que existía entre don Francisco y sus “hombres en ciernes.” Describe a la novia:

... Recuerdo muy bien la conversación que tuvimos el miércoles último que pasé en Madrid, y apreciando toda la gravedad de la cuestión y el interés que en ella Vd. se toma, he agradecido mucho su carta que me obliga a una explicación franca y amplísima.

El conflicto lo veo como Vd. [es decir el problema de las mujeres] ... a pesar de eso y contra mi prevención, me enamoré ...

Si la herencia y la selección son verdad tienen aquí verificación plena. Hija de un hombre ... y de una señora ... es la mujer con quien he venido sosteniendo relaciones, de inteligencia abierta aunque por formar, y dócil y fácil a las buenas influencias y a las ideas de cierto orden, ni indiferente ni fanática, poco amiga de novelas, seria, de carácter enérgica, entusiasta por las artes y especialmente por la música en la que ha alcanzado una regular educación y que cultiva pa. [sic] sí, con santo horror a las exhibiciones públicas, a pesar del deseo contrario que gentes de la familia suelen manifestar. Nada más después de esto: todo por hacer: terreno abonado pa. el buen cultivo, como he podido ver en algunos ensayos, que oye mis observaciones, que las recoge, que procura realizarlas y que desea en todo mi consejo y dirección. En este sentido y con disposición tal, poco frecuente, con un ascendiente yo en este orden, extraordinario, sobre ella, tengo grandes esperanzas de conseguir un poco más de unidad entre los dos, condición obligada pa. una vida futura de verdadero *compañerismo* en el hogar.

Creo haber hablado sin pasión ... me esperanza en ella, no es lo que es ahora, sino lo que yo puedo conseguir, dado que está por formar casi, pero con excelentes inclinaciones, en vez de tener ya torcimientos de educación; y el verla ... leer con afán mis cartas que ciertamente aburrirían a muchas ... Otro dato que puede servir a Vd. pa. su juicio. Dice Vd. hablando de mis relaciones que tal vez sean sostenidas más fácilmente desde lejos que lo serían desde cerca. Todo lo contrario ...

Míre Vd. esta carta como la más sincera confesión de un discípulo que desea mostrarle a Vd. la verdad de las cosas y su modo de verlas ...

Dos observaciones más y termino. Una de ellas alegrará a Vd. de hijo. La Señorita de quien hablo, se baña todos los días y no en agua caliente, por cierto. ¿Le parece a Vd. buen síntoma? La otra observación es ésta. Casi podría excusarme de hacérsela a Vd. pero no será ocioso repetirla. Nada de lo que digo, ni más que dijera, supone un compromiso tan adelantado, ni de mi parte una disposición tan propicia, que lleve al matrimonio en breve, ni en mucho tiempo.

Soy un muchacho, estoy formándome, me debo todo a mi educación y a la empresa en que tengo puesto mi mejor interés y a la que subordino hoy mi porvenir. Hasta que yo no sea hombre con suficiente ideal y conducta hecha y pensada, pa. dirigir con algún acierto la de otros y ser el núcleo de una casa que pueda llamarse hogar, en bien mío y de la mujer que haya de ser mi compañera, no intentaré una cosa que tan graves peligros tierde de ser un mal paso que trasciende a toda la vida.

... Créame Vd. que siempre oye con atención y con respeto sus consejos, su discípulo que le quiere.

Muy pocos institucionistas de entonces, unos cuatro o cinco, y casi nadie hoy día saben que cuando el joven Rafael consultaba sus ilusiones matrimoniales con don Francisco éste llevaba ya durante doce años el oculto sambenito de unos amores que parecían no tener posible éxito matrimonial. Es el secreto más bien guardado de la Institución: la comunidad sabía ser discreta. Espero que no se considere este descubrimiento mío menos discreto. Está hecho con la modesta aspiración de que tenga España, y la Institución libre, razones para enorgullecerse de dos vidas ejemplares y españolas. Dentro de algún tiempo, si mis noticias son ciertas, podremos leer las cartas de María Machado, del epistolario, entrelazadas con las de don Francisco que se conservan en archivo particular.

No es mi propósito historiar estos amores ni inquirir las razones porque desde su comienzo hasta el día de hoy se los ha mantenido en un secreto, por decirlo así, total. Otras antítesis se encuentran en la vida de la Institución. Así como, ver a los institucionistas haciendo las cosas más extravagantes y nunca vistas, subir montañas, visitar pueblos sucios, extasiarse ante barros populares, jugar al fútbol, suprimir exámenes, y declarando que quieren pasar inadvertidos. O ahora en una comunidad donde el mayor deleite era estar juntos "conociendo el pensamiento de cada uno a todas las horas del día," y no sólo el pensamiento sino las emociones; ¡y el gran maestro quiere guardar para sí su calvario sentimental! Pero lo que sí quiero hacer es trazar brevemente el camino de este calvario.

María y Francisco se conocieron en el verano de 1876. El tenía 36 años, ella 28 o 27. El era catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad Central (suspendido desde febrero del mismo año), y desde mayo fundador de la Institución libre. Ella, hija de la familia Machado, establecida desde 1860 en Bilbao, después de una temporada de tres años en Bordeaux por causa de los negocios del padre. El padre bastante viejo, 69 años; la madre tenía sólo 51. Antonio Machado y Alvarez, padre de los dos poetas era tío de María, las familias se trataban cariñosamente, aunque con cierto recelo por el ramo bilbaíno, tradicionalista. Es probable que los futuros novios se conocieran cuando veraneaban varias familias en Santander, el tío Antonio pretende, en una carta, haberles presentado él mismo a propósito. Entre esas familias, una de los Lund, de origen noruego, con negocios de maderas y bacalao en Bilbao, y una hija Juana, la más íntima amiga de María, y corresponsal infatigable de don Francisco. Juana era de una gran belleza, que había hecho su efecto, parece, sobre Benito Pérez Galdós, y Marcelino Menéndez y Pelayo en Santander, y sobre otros jóvenes en Bilbao y Madrid—entre ellos, el gran amigo de don Francisco, Augusto González Linares. Era joven, tenía unos 18 años—y no se casó con ninguno de los pretendientes conocidos, sino con un médico bilbaíno, el Sr. Achúcarro.

Muy pronto después del encuentro estival, don Francisco era recibido por la familia de María en Bilbao, favorablemente por todos, salvo el padre, que tenía sus reservas. La amistad madura rápidamente. Y si al principio don Francis-

La carta es larga, pero para el estudio de la Institución no tiene desperdicio.

co sigue el plan de Altamira, de no comprometerse, una vez decidido, insiste y urge que María hable con su padre para que sean novios formales. Mientras tanto don Francisco aprovecha el tiempo para cultivar las facultades intelectuales y artísticas de la novia. La manda muchos libros—*Historia de la música, Los estudios de literatura [y Arte]*, 1876, del mismo Giner, alguna traducción de Mr. Dupanloup, y—¿recuerdo del verano?—*David Copperfield*, en la traducción de Galdós de 1868. Critica también sus gustos, y, sin preocuparse demasiado de los disgustos que inflige, según hace constar ella, adopta un tono de dómine asaz atrabiliario. Ella se defiende bien, a pesar del estado de su salud, buena pero delicada: es una mujer con un fuerte sentido de su propia dignidad, comprende el didacticismo del novio y sabe utilizar contra ello unos deliciosos toques de humor e ironía. Todo está dicho en su primera carta—realmente la escriben María y Juana juntas—contestando a las primeras suyas:

Bilbao. 7 de Diciembre de 1876.

Mi distinguido amigo: creo que las mujeres estamos dispensadas de dar excusas, por eso no le diré a V. nada del porqué no nos ha sido posible contestar *enseguida* (lo que no deja de ser una exigencia) a sus cartas. Como a V. le gusta saber la verdad en todo no le ocultaré que Juana y yo calificamos de sobrado descortés el silencio que guardaba con nosotras, pero en vista de las buenas razones que nos dió su carta quedamos tan convencidas de sus disculpas, que ya puede V. tardar meses en contestarnos que nosotras nada tendremos que decir: esto lo digo formalmente porque bien sabemos que hay deberes y trabajos en la vida que le obligan a uno a dejar las cortesías a un lado; pero por eso no seremos peores amigos. Le voy a decir a V. algo que no sé si le enfadará, me parece que no, porque también es una verdad. ¿Porqué emplea V. tantas exclamaciones de mal gusto en sus cartas? Sobre todo en su última abundan sin fundamento, se excede V. en gasto de tinta.

... No nos manden Vs. en mucho tiempo ningún libro porque con los que poseemos tenemos para leer, meditar (y aprovechar) largos ratos; mil gracias por todos. Celebramos en el alma las satisfacciones que da a Vs. el Instituto de libre enseñanza [sic] que Dios conserve siempre en pie con tan buen éxito. Como ignoro donde vive ahora Linares... mañana le enviaré a V. una carta para que haga V. el favor de entregársela, puede V. leerla antes de dársela por si tiene que rectificar algo que sin querer le enfade.

Toda mi familia le envía sus afectos. V. puede sermonear cuanto y cuando guste a esta filigraneta que amistosamente le la salud.

¡Seguramente en su vida había recibido don Francisco una carta en que se le tomaba tan finamente el pelo! Es un tono que se repite en las cartas de María.

Pero la amistad se transforma a pasos agigantados en profundo amor. Apenas un mes más tarde (16.11.77) María ahonda tanto, y con tan notable franqueza y sencillez en sus emociones que el lector exclama en admiración de su grandeza de espíritu:

Giner amigo mío: Su última carta... me causó más pena que contento (ya está V. muy satisfecho). Sube V. a su pedestal para echarme un Sermoncito bastante injusto; por bien pensado que parece creo que si lo piensa

Vd. mejor sentirá habérmela dirigido. ¡Qué píldora amarga me hace Vd. tragar apesar del azúcar que ha puesto Vd. encima! Pero olvidemos esto y pasamos a otra cosa. Convencida de que nuestro conocimiento es en parte obra de la Providencia y de que mis padres aprecian su noble carácter resolví darle la esperanza de ser un día la compañera que consolara todas las penas que la vida nos regale a cada instante, pero además tenía un tercer convencimiento que no me deja gozar tranquila de la simpatía que V. me demuestra, esto es que yo no soy el ideal de la mujer que V. nos pintaba en sus conversaciones. Ya le he dicho a V. que Dios me ha concedido el don de conocerme a mí misma, por eso yo quiero emprender una vida estudivosa y de trabajo que me persuada que yo puedo llenar todas sus aspiraciones y que no está V. soñando con las ilusiones que le puede inspirar mi carácter. Yo quiero ser todo para Vd. y que no tenga V. un pensamiento del que yo no participara, ni un sentimiento que no fuera el mismo en mí; porque si yo llegase a comprender un día que su aprecio disminuía por un momento sería muy desgraciada. Yo he podido comprender en Vd. que no aprecia las gentes sólo por sus buenas cualidades, sino que a veces olvida éstas y las menosprecia por sus vulgaridades. Yo no quisiera hacerle sufrir de este modo. Voy a escribirle tan amenuendo que pueda, *que sea como dos buenos amigos*, hasta que yo me convenza que su aprecio será inalterable... No se preocupe Vd. de que su vida es desabrada para compartirla conmigo ¿obrando bien según le dicta a uno la conciencia no se siente acaso mayor tranquilidad y felicidad que realizando necias ambiciones?

Desgraciadamente esta historia de amor no es larga de contar. María y su madre no encuentran el buen momento para hablar al padre, que viaja mucho por los negocios. Por fin, antes del 24 de febrero de 1877 le escriben. En esta fecha María escribe a don Francisco: "*Nunca* contradeciré [sic] la resolución de mis padres respecto a nuestra simpatía." Había intuido la decisión del padre, negativa, que comunica el 3 de marzo:

Mi padre ha contestado a mi madre y a mí que él no cree posibles nuestras relaciones porque aunque le honra mucho el que Vd. haya pensado en mí, atendiendo a lo delicada que es mi salud (lo que por desgracia da pruebas de ello esta temporada) no piense *que yo pueda* compartir las vicisitudes que su profesión de Vd. y sus ideas le harán sufrir toda la vida, que espere que como buena hija me resignaré a su voluntad que bien sé nunca me ha sido impuesta para decidirme por otros [sic] simpatías. Este último es muy cierto, amigo mío, así que no puedo ver en esta decisión de mi padre nada que me obligase a que yo dedique mis sentimientos a otra persona que Vd. por lo que creo mi deber (lo que es también su parecer) renunciar por ahora a toda perspectiva de felicidad. Ya no le puedo escribir como hasta aquí, pero lo haré de tarde en tarde como una amiga, en lo que creo no hay inconveniente. Quizás Dios querrá reunirnos otra vez y mi padre dará gustoso su consentimiento que sería muy penoso para mí recibirlo por misericordia.

... Ya sabe Vd. que en todas mis cartas ha leído como en un corazón abierto, lea Vd. por última vez en él, que tengo confianza *en Vd. y en mí*. Las personas que saben nuestras relaciones no estrañaran que Vd. les diga no quiero yo ir a entristecer su hogar con mi desgraciada salud...

Adiós, siempre será su mejor y constante amiga María.

Se alegra uno de saber que esta correspondencia ni terminó ni cambió de carácter. María acató la voluntad de su padre, pero seguía escribiendo cartas que en ternura y comprensión eran las de una novia totalmente enamorada y en el fondo optimista. Don Francisco se mostró bastante menos filosófico. Rabiaba y daba palos de ciego que dolían. Pero no había otra solución. María aceptaba seguir viviendo en casa de sus padres; Don Francisco tuvo que contentarse

con los "nietos" de la familia Cossío y con dedicarse en cuerpo y alma a su creación de la Institución libre.

El noviazgo de Francisco y María es la noticia más dramática y conmovedora que ha salido del epistolario, hasta ahora. Pero espero haber indicado que sin un estudio a fondo de todo el epistolario no será posible escribir aquella historia interna de la Institución libre que merece.

*University of Leeds (Emeritus)*